

## Índice

EL PRIVILEGIO DE LA EDAD.....	15
«Gleich der Flamme»: como la llama... ..	15
«Volvámonos hacia el pasado, será un progreso» .....	18
RECHAZAR LO INACEPTABLE .....	25
Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.....	25
«El cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en el fondo de mi corazón», o el deseo y la ley.....	27
El científico, el mercader y el político .....	31
Salir del callejón sin salida: pensar la totalidad de la vida.....	38
Lo que está intentando ver la luz.....	41
¿Más allá de la historia? .....	44

Si la esperanza es nuestra enemiga, ¿qué pasa con la revolución?.....	47
Superar la desesperación .....	50
Frente al caos, el coraje de la resiliencia .....	53
LA FUERZA DE LA COMPASIÓN.....	59
Interdependencias y solidaridad .....	62
Alcanzar las dimensiones del mundo: los horizontes de lo imposible.....	65
La certeza de lo improbable .....	69
Metamorfosis e itinerario: <i>La vía</i> , de Edgar Morin .....	73
AMAR EL AMOR, ADMIRAR LA ADMIRACIÓN.....	77
Se puede ser muy serio a los 17 años .....	79
Una educación sentimental.....	82
Eros y Tánatos .....	86
De los celos .....	90
¿Hay otras formas de entender el amor?.....	93
EL PLACER DEL ENCUENTRO .....	97
El gusto por los demás.....	99
Mediaciones misioneras .....	102
Unos amigos extraordinarios .....	105
POÉTICAS DE LAS IDENTIDADES MÚLTIPLES.....	117
La sensibilidad para las lenguas.....	117

De dónde sacar fuerzas .....	119
«Estamos hechos de la misma tela que los sueños» .....	122
Eureka .....	125
Los recovecos de la fe .....	128
La poesía y la fortuna.....	131
Un coraje sublime: la fuerza del alma.....	134
La unidad de un hombre.....	136
La ética de los sueños.....	140
 APRENDER A COMPROMETERSE .....	 147
La esencia de un líder.....	147
Por la fuerza de las causas: estar-en-el-mundo en el movimiento de la historia.....	152
Un hombre tiene tres maneras de preocuparse por su futuro .....	156
Los derechos del otro: el reto de la interdependencia.....	162
El destino ha vuelto.....	168
El arte de abarcar lo desconocido .....	171
La trampa westfaliana .....	173
Guerra y paz: las naciones contra el derecho.....	176
«In hoc signo vinces»: cambiar los límites de nuestros sueños nacionales .....	181
 DEMOCRACIA: ¡TODO UN PROGRAMA! .....	 191
Acabar con la oligarquía.....	191

Democracia y ecología.....	196
Los soldados del derecho son soldados del ideal.....	198
«LO INMÓVIL SE DISPERSA Y LO MÓVIL PERMANECE».....	207
Exigir el ideal .....	207
El estado de naturaleza y la naturaleza del Estado: globalización y libertades.....	208
Trascendencias de los mundos: una cierta idea del planeta.....	213
Individuos y multitudes en la rueda del mundo...	217
Armonía y orden de las naciones.....	221
Simbiosis de las civilizaciones .....	224
Más allá de las identidades: devolver el mundo a los seres humanos .....	232
Regreso a la tierra.....	234
¿CÓMO LOGRARLO?.....	239

# El privilegio de la edad

«GLEICH DER FLAMME»: COMO LA LLAMA...

Ya estaba poniéndole la tapa al gran tonel donde se han ido acumulando las experiencias intelectuales y sentimentales de ocho décadas apasionadas y apasionantes cuando un concurso de circunstancias inesperado, asombroso e irreprimible transformó la vida de un viejo diplomático jubilado en una farándula desenfrenada.

Un texto corto de título provocador fruto de mi pluma salió como un cohete en los países francófonos y luego más allá de todas las fronteras, exigiendo de sus lectores, ahora ya innumerables, que se indignaran.

Yo no medí ni el riesgo que asumía ni la acogida a veces entusiasta que ese llamamiento suscitaría. ¡Qué huracán desencadené! Había que intentar comprender las razones, y sobre todo sacar las consecuencias. Sí, ese texto daba en el clavo. La sociedad mundial, al cabo

de veinte años de dominio de las fuerzas del dinero a las cuales los gobiernos eran incapaces de oponer la protección de sus ciudadanos, presentaba a los pueblos que la componen un cuadro deprimente y falto de coherencia.

Al recordar los valores de libertad y justicia sobre los cuales mi generación quiso construir un mundo mejor después del espantoso tumulto de la década de 1940, al poner en entredicho la manera en que esos valores habían sido pisoteados tanto por los tiranos del Norte de África como por las democracias imperfectas de los países industrializados, esa llamada a indignarse llegaba en el momento oportuno. Pero yo no podía limitarme a eso.

Una vez abierta esta puerta había que amueblar la casa. Había que dar cuerpo al mensaje que la generación nacida durante la Primera Guerra Mundial deseaba dirigir a la que aborda el siglo XXI y las nuevas amenazas que éste entraña.

El éxito obtenido me obliga. Además de la sorpresa de haber dado en el clavo sin hacer otra cosa más que poner sobre el papel unas cuantas ideas sencillas que a mis ojos son evidencias, lo que siento naturalmente es alegría. Una alegría de vivir renovada cada vez que un público de jóvenes oyentes me plantea preguntas ansiosas, a las cuales de manera invariable acabo respondiendo con poemas.

Es un momento estelar. El viejo embajador tranquilo se halla confrontado con unas expectativas que él mismo ha provocado. Ahora he viajado por toda Europa —Varsovia, Düsseldorf, Madrid, Turín, Milán, Lisboa— como portador de un mensaje bastante violento, un mensaje de indignación que consiste en decir que hay que negarse a aceptar lo inaceptable. Ello podría inspirarme el temor de haber ido demasiado lejos, de no estar a la altura de las expectativas.

Sin embargo, es el momento en que, por el contrario, mi vejez (cumplí 94 años en 2011) me ofrece un último resurgimiento, una nueva ventana abierta al mundo y a mis contemporáneos. ¿La vida que he vivido lo justifica? Es la pregunta que este libro suscita: ¿qué hay en esa larga vida que me permita ahora lanzar este mensaje? ¿Qué sé yo de los hombres y de las mujeres, del mundo y del amor? ¿Qué sé de la ciencia, de la filosofía, de la política? ¿Qué puedo decir de esos encuentros maravillosos que me han enseñado lo que es la admiración? ¿Y qué enseñanzas puedo sacar de ellos? ¿Qué debo a mi familia, a mi infancia, a mi educación sentimental? ¿El hecho de haberme iniciado muy joven en el amor a la poesía tiene algún sentido para mis relaciones de hoy con mis interlocutores, con esos públicos tan jóvenes como atentos a la palabra de un anciano que jamás se ha tenido por sabio?

Y justamente el hecho de haber adquirido tres lenguas diferentes, pero que me gustan por igual —cada una a su manera—, ¿facilita acaso la expresión y la comunicación? Sin duda y, sin embargo, ¡cómo lamento no hablar ni español, ni ruso, ni otras lenguas igualmente seductoras!

«VOLVÁMONOS HACIA EL PASADO, SERÁ UN PROGRESO»

Esta cita de Verdi, que ha apuntado a mi oído de no-nagenario Régis Debray, está perfectamente en sintonía con el retorno sobre mí mismo, que es el ejercicio de este libro, pues lo que digo, al fin y al cabo, sólo es significativo por ser el resultado de una larga vida, en la que he conocido, he encontrado y he descubierto muchas cosas y he tenido experiencias muy variadas. Esta acumulación de memoria humana constituye un tesoro de sentido. Es haber atravesado un siglo lleno de inventos, esperanzas y horrores, y haber vivido con plenitud esta aventura lo que me da legitimidad. Porque tal vez he recibido de la vida una deuda de sentido, y hoy puedo permitirme pagarla con mi testimonio.

Entre el eclipse de la duración, la ruptura del lazo generacional y la sociedad del espectáculo la edad ha adquirido un extraño valor en nuestros tiempos modernos. La experiencia vivida parece a veces menos impor-



tante a ojos de nuestros contemporáneos que las experiencias que aún están por vivir. En su pequeño *Essai d'intoxication volontaire* («Ensayo de intoxicación voluntaria») Peter Sloterdijk\* habla de «desherencia integral», es decir, de «esa manera extraña que tienen las jóvenes generaciones de separarse de un salto de sus padres» aunque luego tengan que volver a aprenderlo todo por sí mismos. Se impone la pregunta: ¿qué puede proponer al mundo un anciano como yo, y por qué habría que escucharlo más que a otro? Lo cierto es que no tengo realmente la formación filosófica necesaria para ser un pensador político. Entonces habrá que considerar sin duda que es sobre todo la experiencia más que la fuerza del pensamiento lo que da valor a mis palabras.

Tal vez hoy sea el momento de echar cuentas. Esta pregunta me la he formulado varias veces estos últimos años. Por primera vez en 1996. Entonces tenía 79 años y la editorial Seuil me pidió que contara mi vida. Yo no soy escritor. Esa forma de ser y de vivir la conozco desde que era niño por mi padre. Durante toda su vida se dedicó a escribir, y casi se mantuvo apartado de todo lo que no fuera la literatura. Una suerte admirable, pero no envidiable. Yo, por el contrario, quería sumergirme en el río del mundo. Por tanto, dudé mucho. Ante la

---

\* Peter Sloterdijk, *Essai d'intoxication volontaire*, París, Calmann-Lévy, 1999.

insistencia de Françoise Peyrot, a la sazón directora de una colección en Seuil, acepté. Echar cuentas, para mí, era vivir mis ochenta primeros años como un baile a través de un siglo, un siglo que toca a su fin al mismo tiempo que mi existencia terrenal y se acaba con una danza que no sabemos si será macabra o alegre, si marca en la larga historia de las sociedades humanas un crepúsculo o un amanecer\*.

Ocho años más tarde eché cuentas por segunda vez en un plano con el cual tengo una afinidad especial. Iba a cumplir 88 años. Esa cifra me fascina. Esos dos ochos, si los ponemos acostados, se convierten en dos infinitos, como infinita es la trama de los ochenta y ocho poemas que me gusta recitar porque me los sé de memoria... Tengo con Laure Adler una relación muy «de poesía». Y de pronto se convierte en directora de la editorial Seuil y decide publicar mi libro *Ô ma mémoire*\*\* , una obra donde se combinan un testimonio de las relaciones de un hombre con la poesía y una antología trilingüe compuesta por más de treinta poemas franceses, una veintena de textos alemanes y otra veintena de textos en inglés.

Esta vez el final de mi vida está más cerca y adquiere para mí la forma de bienvenida que Rainer Ma-

---

\* Stéphane Hessel, *Mi baile con el siglo, Memorias*, Barcelona, Destino, 2011.

\*\* Stéphane Hessel, *Ô ma mémoire: la poésie, ma nécessité*, Paris, Seuil, 2006.

ria Rilke da a entender al describirnos como abejas que liban lo visible para acumularlo en la gran colmena de lo invisible.

Pero todavía no estamos al final. Cruzo, aún despierto, la barrera de los 90 años y me convierto en un superviviente. Uno de los supervivientes cada vez más escasos de una memoria que súbitamente se ha vuelto fundamental y a la cual hay que dar todo su sentido. Estoy en la meseta de Glières con un mensaje que debo dirigir a las generaciones que nos suceden: resistir es crear. Crear es resistir.

A fin de cuentas tal vez sea éste el único, el verdadero mensaje que me corresponde, con el cual también acaba mi libro de conversaciones con Jean-Michel Helvig, *Citoyen sans frontières\**, cuya última página es «La jolie rousse», el poema de Guillaume Apollinaire cuyo último verso dice simplemente: «Tened piedad de mí».

¿Están echadas todas las cuentas? Todavía no. Una mujer me ha oído entre las tres mil personas reunidas en ese lugar excepcional, ese soberbio paisaje saboyano donde vive para nosotros el recuerdo emocionante de nuestros camaradas muertos. Al oírme proclamar el papel esencial, en cada etapa de nuestra historia, de los

---

\* Stéphane Hessel y Jean-Michel Helvig, *Citoyen sans frontières*, París, Fayard, 2008.

valores de entonces que no deben ser ni olvidados ni violados como nos parece que lo están siendo por demasiados gobiernos como el nuestro, Sylvie Crossmann, que dirige con Jean-Pierre Barou la editorial Indigène, decide hacerme trabajar una vez más.

En pocos meses nacerá de nuestros encuentros *¡Indignaos!*, ese panfleto cuya increíble difusión abre un nuevo capítulo en mi vida: finalmente aún hay algo que hacer.

Y es de nuevo una mujer, Maren Sell, editora hace veinticinco años de las traducciones al francés de los libros de mi padre, Franz Hessel\*, quien me invitó a formular una especie de tratado sobre la forma de llevar una vida comprometida para uso de las jóvenes generaciones. Fue en primavera de 2010, unos meses antes de convertirme en una «estrella de los medios». La presente tentativa de echar aquí las cuentas de mi vida y del sentido que cabe atribuirle... No me atrevo a esperar que sea por fin la última.

---

\* Franz Hessel, *Romance en París*, Madrid, Errata Naturae, 2011; *Le Bazar du bonheur*, traducido del alemán por Léa Marcou, París, Éditions Maren Sell, 1989.



ECCE HOMO

¡Sí! ¡Sé de dónde procedo!  
Insaciable como la llama,  
quemo, abraso y me consumo.  
Luz se vuelve cuanto toco  
y carbón cuanto abandono.  
¡Llama soy sin duda!

FRIEDRICH NIETZSCHE,  
*El gay saber*

# Rechazar lo inaceptable

TODOS LOS SERES HUMANOS NACEN LIBRES E IGUALES  
EN DIGNIDAD Y DERECHOS...

¿Qué he aprendido, pues, que pueda formular y transmitir? Ante todo, que es necesario y posible rechazar lo inaceptable. Los que durante décadas se habían doblegado, considerando que no había nada que hacer, tanto los oponentes incapaces de unirse antes de tomar el poder como los no resistentes tras la victoria de las fuerzas asesinas, los que habían renunciado, considerando el combate perdido de antemano, carecían de algo fundamental, algo que distingue al hombre en su dignidad.

Ésta es la palabra que buscaba. Cuando en 1948 los redactores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos intentaron caracterizar a la persona humana, el término que eligieron porque forma

parte de todas las religiones y todas las filosofías es «dignidad».

Es el concepto que inspira el artículo 1 de dicha Declaración y el que a mis ojos resume toda la problemática de nuestro mundo contemporáneo: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros».

Lo inaceptable es que se atente contra la dignidad. Ese atentado a veces se enmascara con un rechazo del otro porque le falta algo, porque es demasiado diferente, demasiado incapaz, porque legalmente goza de menos privilegios. Pero legítimamente nadie puede ser jamás tratado como inferior. Ese tratamiento es inaceptable. Y es legítimo indignarse.

Ahí es donde la indignación debe encontrar su vía y conducir a un verdadero compromiso. Si se queda en puro rechazo se debilita, se convierte en cólera, en rechinar de dientes. Encontrar qué es lo que merece indignación es la primera vocación que debo transmitir a quienes se enfrentarán con ese nuevo mundo tan gravemente amenazado.

Es una cuestión de conciencia.